

La teología política de los Bush y la paz mundial de Juan Pablo II

Santiago Fernández Ardanaz

La diplomacia de la incomprensión y de la indiferencia por parte de los Bush, padre e hijo, respecto a Juan Pablo II no es de ahora. Ni tampoco la extraña competición que George W. Bush ha entablado con el Papa y el mundo católico en torno a quién tiene a Dios de su lado. Si no fuera tan patética y perniciosa y sangrienta esta batalla de los Bush contra Juan Pablo II, podría servir hasta de trama de una parodia medieval. Pero la cuestión es demasiado seria, aun en pleno siglo XXI. Para entender la trama hay que remontarse a la víspera de la primera Guerra del Golfo, a unos días antes de que Bush padre desatara los odres de los vientos de la Tormenta del Desierto.

El 6 de diciembre de 1990, Juan Pablo II había decidido tomar en su mano las riendas de la diplomacia vaticana: de golpe y sorpresa había eliminado al mandarín de la diplomacia vaticana, cardenal Agostino Casaroli, que ante la UNESCO y en París se había permitido dudar de la interpretación providencialista de la caída del muro de Berlín: «¿Y si la caída del comunismo arrastrara consigo la caída de muchos valores sociales cristianos?», se había aventurado a dudar el sagaz y experimentado diplomático de la apertura al Este. Juan Pablo II tenía otras certezas y lo substituyó por otro que fuera incapaz de dudar. Pero la cancillería del Vaticano se quedó sin luces e

incomunicada. Y, precisamente, cuando en todo el mundo se estaba cocinando la Guerra del Golfo. Sin contacto con las grandes cancillerías, el Papa decidió abrir otras líneas de comunicación. Llamó a su lado al cardenal y patriarca de los caldeos católicos de Irak, lo hospedó y, llevándolo de la mano, comenzó los 'viernes de la paz' para mover al mundo católico y a todo el mundo de buena voluntad.

Las campanadas de los viernes de la paz irritaron a Bush padre, que tomó la decisión la víspera de aquella Navidad de abrir en la Casa Blanca una réplica al Papa de la paz: 'la oración de la justicia'. Llamó a su obispo evangélico, a sus amigos predicadores televisivos que habían logrado rescatar de la embriaguez a su hijo predestinado George W., y reunido con las familias de sus consejeros (los Kissinger y otros de fe judía se unían al gesto desde la habitación de al lado), trató de convencer a los americanos de que Dios seguía del lado de América y de que Dios estaba con su presidente. Los viernes del Dios de la paz enfrentados a los domingos del Dios de la guerra.

Juan Pablo II siguió orando en El Vaticano y en Asís, pero la guerra siguió preparándose sin tregua. Cuando el 14 de enero Bush padre decidió la apertura de la guerra, ni se preocupó de anunciarlo al Papa, más aún, se lo prohibió a su embajador en El Vaticano. El humanísimo presidente italiano, Sandro Pertini, se encargó de romper la incomunicación dictada por Bush: a la una de la noche llamó por teléfono al Papa para comunicarle la triste noticia. Al día siguiente, el agnóstico Pertini, con miles de ciudadanos de todo el mundo, rodeó al Papa de la paz para pedir al Dios de todos los hombres que «moviera los corazones, que convirtiera los corazones de piedra en corazones de carne». Al otro lado del Atlántico y en la explanada ante la Casa Blanca, cientos de miles de católicos se unían a Juan Pablo II para pedir la paz y protestar contra la guerra de Bush. Ayer como hoy.

Los Bush no perdonaron ni al Papa ni a los católicos este gesto. Sobre todo, cuando Juan Pablo II proclamó su doctrina social de la

'tercera vía': «Ni capitalismo ni comunismo». De hecho, Bush padre, como proseguirá Bush hijo después, donará ingentes sumas de dinero para promover las misiones evangélicas en Centroamérica y en África y eliminará las ayudas a las escuelas y parroquias católicas que ayudaban a los portorriqueños y demás de origen hispano, o sea, católicos. Cuando hace cuatro años comenzó a desatarse el escándalo de los curas pederastas en EE UU, fueron los predicadores televisivos evangélicos los principales promotores de la campaña de condena de «una Iglesia católica corrompida y comunista». Entre ellos se destacaron en la utilización del escándalo algunos teólogos aúlicos de Bush hijo, como el fundamentalista cristiano Michael Gersen o el pastor televangélico Billy Graham, el mismo que había convertido a George W. y lo había liberado del alcoholismo hace 17 años, y el mismo que pronunció el sermón del 14 de septiembre, el "National Day of Prayer and Remembrance", con motivo de la caída de las torres de Nueva York, y que utilizó la desgracia para levantar al presidente Bush al pedestal sacro de mediador entre el pueblo americano y Dios: «Sabemos que el Señor dará sabiduría, valentía y fuerza al presidente y a los que lo rodean y recordaremos este día como el de una victoria». Michael Gersen fue el que escribió el texto que Bush leyó desde el púlpito de la National Cathedral.

Santiago Fernández Ardanaz. Periodista

